SE PASÓ UNA HORA BUSCANDO UN CALCETÍN ROJO

Por Manuel Olleros

-¡Y no pare hasta encontrarlo!- Sentenció su jefe Abigail Forest. Nicholas suspiró. Una hora era muy poco tiempo.

Hace unos días, el Pentágono emitió un comunicado en el que se exponía un misil único, conocido como el Calcetín Rojo, que tenía la singularidad de poder desactivar cualquier aparato electrónico a menos de 200 kilómetros a la redonda. Aquel proyecto era el más ambicioso y peligroso desde el OVNI caído en la base del área secreta 51. Era tal su poder que muchas empresas de armas privadas habían ofrecido sumas exageradamente altas por el misil, que superaron los quinientos mil millones de dólares, pero el ejército estadounidense las rechazó todas.

Este misil, una vez construido, se guardó en una caverna situada a doscientos metros por debajo del nivel del mar con una cúpula descapotable por si era necesario lanzarlo. Era tal su relevancia que sólo una persona tenía acceso al programa para lanzarlo, y esa persona era Nate Spencer, que cometió el error más grave de su vida; lanzó el misil sin querer a un punto desconocido. Todos los medios del país estaban buscando el Calcetín Rojo sin descanso incluído Nicholas. El problema era que el misil no tenía ningún tipo de GPS o localizador, lo que la tarea de rastrearlo parecía más bien imposible. La única forma de localizarlo era por radares de movimiento aéreos, y la posibilidad de poder encontrarlo de ese modo era menos del uno por ciento.

Algo parpadeó cerca de Nicholas en una pantalla. Que raro. Era el ordenador de Nate, y en la pantalla aparecía un calcetín rojo de Navidad dirigiéndose a un coche con la bandera estadounidense. Entonces Nicholas comprendió. Nate había usado el misil para atacar el coche en el que viajaba el Presidente de los Estados Unidos, que se hallaba de viaje hacia California para dar un discurso. El lugar de colisión era en medio del desierto del Valle de la Muerte, un lugar donde no había cámaras y desde donde sería fácil atacar al coche.

Media hora después, con Nate detenido, al igual que el misil y con el Presidente a salvo, Abigail dió unas fuertes palmadas en la espalda de Nicholas y le felicitó. Nicholas miró la hora. Su plazo para encontrar el misil acababa de terminar. Ya podía decir que se había pasado una hora buscando el Calcetín Rojo.

FIN